

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 16 DE JUNIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Los operarios de la sociedad futura

UNA página conmovedora de Turgueneff es la del peón y el hombre de las manos blancas. Puede leerse en castellano en la elegante versión de Icaza que lleva el título de *Senilia*.

El peón le dice al hombre de las manos blancas:

—¡Vete! ¿Qué quieres? No eres de los nuestros. Mis manos son negras y callosas; huelen a alquitrán y a estiércol; las tuyas son blancas. ¿A qué huelen?

—¡Huélelas!—le contesta el hombre de las manos blancas.

—Parece que huelen a hierro—dice, sorprendido, el peón.

—Sí, huelen a hierro—replica el otro—. Seis años he llevado cadenas por defenderte.

El peón no se convence. Pasa el tiempo. Un día, el peón se encuentra con otro peón.

—¿Sabes que hoy van a ahorcar al hombre de las manos blancas que se acercaba a nosotros?—dice uno.

—¡El se tiene la culpa! Se habrá rebelado—es la respuesta.

Y ambos convienen en que se ofrece una buena ocasión para proporcionarse un trozo de sogá del ahorcado.

Expresa dramáticamente Turgueneff en este apólogo el dolor y la desesperación de los intelectuales rusos renovadores al sentirse solitarios en medio de un pueblo apático y embrutecido, que no los comprendía y desconfiaba de ellos. La educación política del pueblo ruso se ha hecho a fuerza de guerras; a costa de inmensos sacrificios de sangre. La guerra ha sido el instrumento de la revolución. Las guerras contra Napoleón hicieron liberales y revolucionarios a muchos oficiales y nobles por el contacto con Europa (Rusia no era más que medio Europa: barniz europeo, fondo asiático). De ahí vinieron las conspiraciones de tiempos de Alejandro I y de Nicolás I, que ha pintado Merejkowski en sus novelas. La guerra de Crimea fué otra sacudida; la del Japón, otra. La conmoción definitiva la produjo la gran guerra de 1914.

El movimiento, iniciado al principio del siglo en las clases superiores, fué extendiéndose a las populares. Verdad que hubo una propaganda revolucionaria, propaganda doctrinal y propaganda emocional de mártires o testigos: mas la guerra, con sus desastres y dolores, dió la demostración concluyente contra el zarismo.

* *

El hombre de las manos blancas se dolía de la indiferencia del peón, del hombre de las manos curtidas y sucias. El peón tenía disculpa. Desconfiaba del hombre de las manos blancas, porque pocos hombres de manos blancas se habían acercado a él con efusión fraternal, hablándole en su lenguaje.

También en nuestra sociedad, más pacífica que la rusa, porque es una sociedad vieja y cansada, el peón y el hombre de las manos blancas han estado separados. Lo están todavía, aunque menos. Entre ellos se ha mantenido una barrera ilusoria de clases. El hombre de las manos blancas, en su miseria de levita, era un señor, o en el diminutivo caricaturesco, un señorito; el de las manos curtidas, un obrero. Al hombre de las manos blancas se le catalogaba entre la burguesía. Era un apéndice de la burguesía, y si participaba de las inquietudes y las aspiraciones económicas del obrero, se le tachaba de desertor. ¡Triste, irrisorio señorío el de un levitín raído, librea de una pobreza avergonzada!

A su salario se le disfrazó bajo el nombre equívoco de honorarios. Más práctica y veraz, Inglaterra llama salario hasta al estipendio que perciben los ministros, y salario es: remuneración fija del trabajo. El nombre de honorarios parece substraer al dominio económico la remuneración de las profesiones liberales, cuando la verdad es lo contrario: que están sujetas a la ley de la oferta y demanda, y, en general, al juego de las causas económicas.

El peón y el hombre de las manos

blancas no se tropezaban, vivían en mundos diferentes y desconfiaban el uno del otro. El hombre de las manos blancas, el intelectual, se echaba atrás ante la rudeza del obrero. El obrero miraba al hombre de las manos blancas como a un charlatán. Uno y otro pecaban por incompresión.

La tosquedad y el corto horizonte del obrero eran, en parte, un pecado del intelectual, que no se había cuidado de llevar a las masas el pan del espíritu ni de luchar por su educación. En el narcisismo del intelectual, en su falta de calor colectivo, en su frivolidad, tenía culpa también la indiferencia del pueblo, su prevención contra el hombre de las manos blancas, no deformadas por el trabajo material. Estaban lejos los dos corazones. Mas las distancias han ido acortándose. Ya los partidos obreros no son sólo agrupaciones de trabajadores manuales. A veces marchan bajo las mismas banderas los peones y los hombres de las manos blancas, y hasta cuando no caminan en las mismas filas empiezan a mirarse con curiosidad y a coincidir con simpatía. El peón y el hombre de las manos blancas son aliados naturales, porque son los dos productores: el uno, de los bienes físicos; el otro, de los intelectuales, y las dos sociedades deben ser gobernadas por los productores, que labran el bienestar presente y preparan el futuro.

Cada uno de ellos tiene que aprender del otro. El intelectual debe aprender del obrero la disciplina y el espíritu de asociación, que han hecho de las masas proletarias partidos poderosos. El obrero debe aprender del intelectual la estima de los valores estéticos y espirituales, que son el decoro de la civilización y ennoblecen la vida humana.

Estos dos hombres están llamados a ser los operarios de la sociedad futura. De su comunicación leal resultarán grandes bienes. Mediante ella, el arte podrá adquirir un sentido social y humanitario que le libre de ser una mera voluptuosidad del espíritu. Y en el alma de la multitud podrá desarrollarse a la vez el apetito de formas más elevadas de cultura y de justicia, que